

ble; en seguida ordenó el asalto á la infantería del duque de Padua y la tomó. Estando para caer la tarde se detuvo y tomó posición en el mismo sitio donde se había terminado su triunfo.

Hasta entonces todo iba bien, y aunque no se hubiese consumado más que la mitad de la obra, la jornada prometía buenos resultados para el día siguiente, si es que se podía conjurar la inferioridad numérica, grave dificultad, pues se batían con la proporción de uno contra dos, con soldados bisonos contra las tropas más aguerridas de Europa. Sin embargo, habían ejecutado cosas tan extraordinarias en aquella campaña, y sobre todo la víspera y la antevíspera, que si al otro día arrancaban vigorosamente del punto adonde habían llegado, y Napoleón podía lanzarse de Clacy sobre las retaguardias de Laón, después de que Marmont hubiese atraído hacia sí á la masa principal del enemigo, el triunfo era casi seguro. Pero para esto era preciso un conjunto de circunstancias felices; ante todo había que ponerse de acuerdo á largas distancias á través de los bosques, los pantanos y los cosacos, y luego era menester pasar la noche en posiciones poco seguras como la de Marmont, que en este concepto era la peor de todas.

Marmont, establecido en el aire en la aldea de Athies en medio de la llanura, esperaba las instrucciones de Napoleón y había mandado á buscarlas al coronel Fabvier con quinientos hombres: ¿se hallaba en el caso de esperarlas inmóvil en su posición, ó no habría debido, después de haber visto durante el día masas inmensas de caballería, establecerse para pernoctar á retaguardia, en un punto como, por ejemplo, las alturas de Festieux, especie de garganta por donde había desembocado por la mañana y donde habría estado completamente seguro? Pero el temor mal entendido de abandonar el puesto conquistado en la tarde le detuvo, y le impidió operar un movimiento retrógrado que la prudencia aconsejaba. No obstante, de todos modos lo que no tenía excusa era el quedarse en medio de tantos enemigos sin multiplicar las precauciones para ponerse al abrigo de un ataque nocturno. Marmont, con una ligereza que quitaba á sus buenas cualidades una parte de su valor, confió á sus capitanes el cuidado de su seguridad. Éstos dejaron á sus jóvenes soldados, rendidos de cansancio, que se diseminaran por los caseríos próximos, y ni siquiera pensaron en proteger la batería de las cuarenta piezas que habían cañoneado á la aldea de Athies con tan buen éxito. Servían estas piezas jóvenes artilleros de marina poco acostumbrados al servicio de tierra, y que no se cuidaron de volver á poner sus cañones de modo que pudieran llevarse pronto al primer asomo de peligro. Todo el mundo, jefes y oficiales, confió de este modo en la noche, que por el contrario habría debido infundirles la mayor desconfianza.

Muchas razones había, por desgracia, para desconfiar de aquella noche fatal, pues Blücher, en cuanto había oído el cañón de Marmont, se había persuadido que el ataque por la carretera de Reims era el verdadero, que el que se había hecho durante todo el día en la carretera de Soissons era fingido, y que por consiguiente era menester trasladar á la carretera de Reims el grueso de sus fuerzas. De este modo, puso en movimiento inmediatamente á Sacken y á Langerón que se habían que-

dado en reserva detrás de Laón, les envió contorneando la ciudad en apoyo de Kleist y de York, y por último, les añadió la mayor parte de su caballería que no podía menos de serles muy útil. El día llegaba á su fin cuando se terminaba este movimiento, y no habiendo querido atenerse, sin embargo, á disposiciones preparatorias, había pensado en aprovechar la obscuridad para ordenar á su caballería en masa una sorpresa nocturna.

Efectivamente, á eso de las doce, cuando menos lo esperaban los soldados de Marmont, una nube de jinetes se precipita sobre ellos con gritos espantosos. Si hubieran sido soldados viejos acostumbrados á los percances de la guerra, se habrían sorprendido menos y se habrían podido reunir con más prontitud; pero de repente se declara un terror pánico en las filas de aquella infantería joven y huye despavorida. Los artilleros, que no habían preparado sus piezas para llevarse, huyen también sin pensar en recogerlas. Hasta el enemigo envuelto en la obscuridad se mezcla con nosotros, y forma parte de aquella muchedumbre desordenada en tanto que su artillería, galopando sobre nuestros flancos, hace disparos de metralla á riesgo de alcanzar á los suyos como á los nuestros. Así huyen en medio de un desorden indecible sin saber qué hacer, y Marmont, arrebatado entre los soldados, no tiene más remedio que seguirlos. Felizmente el 6.º cuerpo, que formaba el fondo de las tropas de Marmont, recobra un poco de sangre fría y se detiene en las alturas de Festieux, donde habría sido tan fácil pernoctar en una posición segura. El enemigo, no atreviéndose á marchar más lejos, suspende su persecución y nuestros soldados libres de su presencia concluyen por reunirse y por ponerse en orden.

Este accidente, uno de los más fatales que puede haber tenido nunca un general, sobre todo en vista de los acontecimientos que le siguieron, no nos había costado naturalmente más que algunos cañones, doscientos ó trescientos hombres fuera de combate, y unos mil prisioneros que volvían en parte al día siguiente; pero destruía nuestra empresa de suyo ya difícil y complicada. Napoleón, al saber por la noche esta deplorable escaramuza, se irritó contra Marmont; pero como irritarse no remediaba nada, inmediatamente se ocupó del partido que debía tomar. Renunciar á su ataque y retroceder era empezar una retirada que debía concluir con la ruina de la Francia y la suya. Atacar cuando la diversión confiada á Marmont ya no era posible, cuando íbamos á tener delante de nosotros las masas del enemigo concentradas en Laón y la calzada de Soissons, era una temeridad. Todos los partidos eran de resultados fatales. Napoleón, guiado sólo por la energía de su alma, quiso probar sobre Laón una tentativa desesperada, para ver si el acaso, que es tan fecundo en la guerra, no le valdría lo que no habían podido darle sus más sabias combinaciones.

Napoleón iba á precipitarse sobre Laón cuando Blücher se le adelantó. Éste había pensado desde luego lanzar sobre Marmont la mitad de su ejército, tomándole por nuestra columna principal. Pero en su estado mayor se habían pronunciado contra este proyecto, probándole que antes era preciso contener á Napoleón delante de la ciudad de Laón. Blücher, enfermo ese día y cediendo más que de costumbre á los consejos de sus

capitanes, había, pues, suspendido el movimiento prescrito, y se había decidido á dirigir el esfuerzo de su derecha á su frente, especialmente hacia Clacy, por donde Napoleón amenazaba flanquearle.

En el momento en que Napoleón movía sus tropas para renovar sus ataques, tres divisiones de infantería de Woronzoff, avanzando sobre nuestra izquierda, se desplegaron alrededor de la aldea de Clacy con la intención de tomarla. El general Charpentier, que había reemplazado á Victor, estaba en Clacy con su división de joven guardia y la del general Boyer, una y otra muy diezmadas á causa de los últimos combates. Ney, por su parte, se había apoyado á la izquierda para sostener al general Charpentier, y había dispuesto su artillería un poco á retaguardia y á media cuesta, de modo que pudiera batir de flanco á las masas rusas que iban á caer sobre Clacy. Desde las nueve de la mañana una reñida lucha había empezado alrededor de esta desgraciada aldea, cuya posición, dichosamente para nosotros, era un poco dominante. El general Charpentier, que en aquellos días demostró tanta energía como habilidad, dejó avanzar á la infantería rusa hasta tiro de fusil, y después la recibió con un espantoso fuego de fusilería. Los oficiales y suboficiales se prodigaban por todas partes para suplir la falta de instrucción de sus jóvenes soldados, en los cuales encontraban, sin embargo, un valor sin límites. La primera división rusa sufrió un fuego tan mortífero que fué arrojada al pie de la posición é inmediatamente reemplazada por otra que recibió igual trato. Las tropas enemigas recibían además del fuego de Clacy el de la artillería del mariscal Ney, la cual ventajosamente colocada, como acabamos de decir, hacia horribles estragos. Es verdad que algunos de los proyectiles de esta artillería alcanzaron á nuestros soldados en Clacy, pero en el ardor que á todos animaba no se pensaba más que en contener y destruir al enemigo á toda costa.

Renovado cinco veces el mismo ataque por los rusos, otras tantas fracasó ante el heroísmo del general Charpentier y de sus soldados. Los rusos rechazados se replegaron entonces hacia Laón. Napoleón, recobrando un poco de esperanza y creyendo haber vencido quizá la tenacidad de Blücher, llevó las dos divisiones de Ney (Meunier y Curial) en derechura hacia Laón por el arrabal de Semilly, que no había dejado de ocupar. Nuestros jóvenes soldados, lanzados por Ney á las alturas, arrollaron cuanto encontraron, subieron por uno de los lados del pico triangular de Laón, y aprovechándose la forma del terreno, hondo y entrante en este sitio, llegaron hasta las murallas de la ciudad. Pero la fuerte infantería de Bulow los detuvo al pie de la pendiente y después acribillándoles con su metralla los obligaron á bajar de esa altura fatal, ante la cual debía fracasar la fortuna de nuestras armas. Sin embargo, Napoleón, que no renunciaba aún á arrancar á Blücher de este puesto, envió á Drouot bastante lejos hacia nuestra izquierda con un destacamento, para ver si sería posible avanzarse sobre el camino de la Fere y molestar bastante al enemigo para hacerle soltar su presa. Habiendo declarado Drouot, después de practicar un atrevido reconocimiento, con la sinceridad que le era característica, que esta última tentativa era imposible, Napoleón se resignó al fin á considerar á Blücher como inexpugnable.

TOMO IX

Hacia cuarenta y ocho horas que ambos lo eran el uno para el otro, y Blücher había sido tan impotente contra las aldeas de Clacy y Semilly, como Napoleón contra la altura de Laón. Pero Napoleón no podía continuar siendo inexpugnable veinticuatro horas más, si Blücher, volviendo á su proyecto de marchar en masa por el camino de Laón á Reims, rechazaba á Marmont hacia Berry-au-Bac, y pasaba el Aisne sobre nuestra derecha. No había, pues, medio de quedarse donde estaban, y era preciso volverse para replegarse hacia Soissons. Por muy sensible que fuese esta resolución,



El general Blücher

como era indispensable, Napoleón la tomó sin vacilar, y al día siguiente 11 de marzo, por la mañana, pasó el desfiladero de Chivy y de Etouvelles para volverse hacia Soissons, en tanto que Marmont, establecido en el puente de Berry-au-Bac, defendía el Aisne más arriba. El enemigo se guardó muy bien de seguir á este león irritado, cuyas embestidas hacían temblar á sus enemigos victoriosos. Napoleón pudo, pues, llegar á Soissons sin ser molestado.

Estas tres terribles jornadas del 7 en Craonne y del 9 y 10 en Laón, habían costado á Napoleón cerca de doce mil hombres, y si habían costado quince mil al enemigo, era un pequeño consuelo, porque á éste le quedaban cerca de noventa mil combatientes y nosotros no teníamos más de cuarenta mil, aun con la pequeña división del duque de Padua que había llegado á reforzar al mariscal Marmont. Lo peor de todo esto no era la pérdida numérica, sino la pérdida moral y las consecuencias militares de las últimas operaciones. Descuidar un momento á Schwartzberg, para ir de nuevo á ba-

tir á Blücher y volver en seguida sobre Schwartzberg, ora cayendo directamente sobre él, ora recogiendo antes las guarniciones, era la última combinación que Napoleón había imaginado, y que debía, si la fortuna no le hacía traición, conducirle á expulsar al enemigo del territorio. Pero no habiendo batido á Blücher, por grandes que hubieran sido las pérdidas que le hubiera causado, iba á tener detrás á este incansable adversario al caer sobre Schwartzberg, y se hallaba expuesto á ver á los dos reunidos para destrozarle. El peligro era evidente y muy difícil de conjurar.

Napoleón entró muy triste en Soissons, pero menos triste que su ejército que comprendía la situación y empezaba á temer que tantos esfuerzos no fuesen impotentes para salvar á la Francia. Sin embargo, el inflexible genio de Napoleón, ilustrado por su grande experiencia, la cual le demostraba que los azares de la guerra son inagotables y que no debe desesperarse jamás con tal que haya firmeza en los propósitos; el inflexible genio de Napoleón no estaba, pues, abatido. Contaba aún con los falsos movimientos del enemigo, y se lisonjaba con la idea de que una falta del presuntuoso Blücher, y otra quizá del prudente Schwartzberg, le devolverían en breve su perdida fortuna. Además, no había cesado de hallarse entre estos adversarios y por consiguiente en estado de impedirles siempre su reunión; tenía aún en París algunos recursos, y si dejaba la capital entregada á sí misma, para ir hacia las plazas, debía encontrar allí recursos más considerables, con los cuales podría tal vez cambiar la faz de las cosas. Napoleón conservó, pues, una firmeza de que pocos hombres de guerra han dado un ejemplo, y aun quizá ninguno, pues ningún mortal había bajado de una posición tan alta á una situación tan horrible. En efecto, había sublevado al mundo contra su persona, y había arrancado á la Francia el afecto que antes le tenía. Es verdad que le quedaba un cuerpo de oficiales admirables, formados en su escuela, llenos de un santo valor que comunicaban á la heroica juventud francesa recogida en el camino para morir con ellos; le quedaba su inagotable genio, el orgullo de su elevada fortuna, y sin duda no estaba turbado, porque aun en su misma caída entreveía una gloria imperecedera. Una vez en Soissons, que el enemigo no se había atrevido á conservar, Napoleón esperaba, con la vista fija en sus adversarios, cuál de ellos cometería la falta de que pensaba aprovecharse. Allí estaba hacía veinticuatro horas, ocupado en dar pan, zapatos, algún descanso y una organización un poco mejor á sus jóvenes soldados, cuando uno de los muchos enemigos que le perseguían vino á colocarse al alcance de sus golpes. Este era el general de Saint-Priest que traía un nuevo destacamento sacado del bloqueo de las plazas, donde había sido reemplazado por milicias alemanas. Había llegado de las Ardenas á Reims, y había arrojado de esta ciudad al destacamento de Corbineau. Constaba de quince mil soldados rusos y prusianos, mandados por un excelente oficial, desgraciadamente francés, que el odio al régimen de 1793 había conducido en otro tiempo á Rusia, y que no supo volver cuando ese régimen había cesado de ensangrentar á la Francia. No era ésta una empresa bastante importante para indemnizar á Napoleón de sus últimos reveses; pero cayendo sobre ella podía dar á conocer aún el peligro de su proximidad, y hacer que sus adver-

sarios fuesen más prudentes. Esperando mejor fortuna, esta ocasión no debía desdeñarse.

En tanto que Blücher estaba detenido á la orilla del Aisne, por la posición que Marmont había tomado en Berry-au-Bac, Napoleón tomó sus disposiciones para correr de Soissons á Reims y destrozar el cuerpo de Saint-Priest. El 12 por la noche prescribió á Marmont que dejara en Berry-au-Bac las fuerzas indispensables y que avanzara hacia Reims con el resto, en tanto que él iría también por el camino de Fismes. El 13 por la mañana debían operar su reunión á una legua de Reims. Todo esto se hizo con el mayor sigilo. El 12 de marzo en la noche, Napoleón, después de haber mandado poner en Soissons treinta cañones en batería detrás de sacos de tierra y de toneles; después de haber destruído todos los obstáculos que molestaban la defensa, y de haber dejado por guarnición algunos fragmentos de batallones con un buen comandante, partió para Reims con la media satisfacción que debía inspirarle el triunfo hacia el cual se dirigía. Al amanecer encontró al cuerpo de Marmont con el mariscal á quien hizo algunas reprensiones, menos severas sin embargo de lo que habían podido ser, y avanzó hacia Reims con los treinta mil hombres que había reunido para este golpe de mano.

En el camino, hacia la derecha, encontraron en la aldea de Rosnay dos batallones prusianos haciendo el rancho. Sorprendiéndoles en su comida, los apresaron á todos á pesar de una pequeña resistencia por su parte, y después llegaron á Reims. Napoleón, que había querido copar entero el cuerpo de Saint-Priest, pensaba hacer pasar el Vesle á su caballería y lanzarla á la otra parte de Reims para cortar la retirada al imprudente enemigo que había caído en sus redes; pero los aliados habían destruído el puente cuyo restablecimiento habría sido operación larga, y hubo que limitarse á rechazar sobre Reims á las tropas de Saint-Priest que habían salido á defender las alturas. Las atacaron con el mayor valor, y después de un corto combate las arrojaron de las alturas á la ciudad. Entonces el emperador lanzó sobre ellas los regimientos de los guardias de honor. El general Felipe de Segur, que mandaba uno de estos regimientos, flanqueó el extremo izquierdo del enemigo, destruyó su caballería y le quitó once cañones. La infantería rusa, cogida á retaguardia por este movimiento, se precipitó sobre Reims; quiso defender las puertas, pero éstas fueron destruídas á cañonazos, después entraron en confusión con ella y cogieron cuatro mil prisioneros. Este rápido golpe de mano, que apenas nos había costado algunos centenares de hombres, hizo perder unos seis mil al cuerpo de Saint-Priest, que por el momento fué rechazado muy lejos, y Mr. de Saint-Priest perdió la vida en la refriega.

Este triunfo, sin devolver á Napoleón el ascendiente que alcanzó en Montmirail, tenía la ventaja de dar algún consuelo á su ejército y de contener al enemigo, que sentía la necesidad de reflexionar sobre sus menores movimientos enfrente de semejante adversario. Napoleón se detuvo en Reims para ver lo que le aconsejarían los acontecimientos.

En efecto, militar y políticamente, la situación había cambiado durante los diez ó doce días que había empleado en medirse con Blücher. Al partir de Troyes, Napoleón había dejado á los mariscales Oudinot y Mac-

donald y al general Gerard en persecución de Schwartzberg, con orden de rechazarle hasta más allá del Aube, en tanto que se fingía negociar un armisticio en Lusigny. Al mismo tiempo había ordenado á sus capitanes, que reunían entre los tres más de treinta mil hombres, que hicieran gritar en las avanzadas: ¡Viva el emperador! con el fin de persuadir al enemigo que no había partido. Pero semejante ilusión no había durado ni veinticuatro horas. El modo de ejecutar la persecución después de su partida había demostrado suficientemente que Napoleón estaba ausente, y el príncipe de Schwartzberg, que había prometido volver á tomar la ofensiva tan pronto como Napoleón se desviara de él para arrojarse contra Blücher, había cumplido su palabra desde el 27 de febrero por la mañana. Queriendo hacer volver hacia el Aube á las tropas francesas que habían atravesado ese río en su seguimiento, había dirigido al mariscal de Wrede hacia Bar del Aube, y al príncipe de Wittgenstein hacia el puente Dolancourt, mientras él se había quedado con Giulay y con las reservas austriacas.

El mariscal Oudinot y el general Gerard estaban en posición en el Aube, y el mariscal Macdonald en el Sena. Los dos primeros, amenazados más particularmente, al distinguir el 27 por la mañana el movimiento ofensivo del enemigo, habían marchado, el general Gerard á Bar del Aube, y el mariscal Oudinot á Dolancourt, para disputar sobre estos dos puntos el paso del Aube. El mariscal Oudinot, juzgando mala la posición de Dolancourt, pues estaba dominado por todas partes, y pensando además que un movimiento retrógrado pondría demasiado en evidencia la marcha de Napoleón, había imaginado sostenerse delante del Aube, y defender á todo trance las alturas de Arronval y de Arrentieres. Dejando la división de guardias nacionales de Pachtod para cubrir el puente de Dolancourt, había enviado á la altura del lado opuesto á las dos brigadas de la división Leval, y á la brigada que quedaba de la división Boyer. Estas tres brigadas sacadas de España, apoyadas por los dragones que también habían llegado de España y que componían unos siete mil infantes y dos mil caballos, con unos treinta cañones traídos del fondo del valle al Aube, á duras penas pudieron sostenerse en presencia de los cien cañones del enemigo. Las brigadas de Montfort y Chassé, ametralladas primero y cargadas luego por los coraceros austriacos, se habían mostrado firmes y rechazado los ataques, en tanto que el conde de Valmy, vadeando el Aube, acudía en su socorro. Estas dos brigadas de infantería completamente envueltas sin haber cejado, socorridas á un tiempo por la brigada de Pinoteau y por los dragones de España que habían cargado al galope á la formidable artillería austriaca y muerto á los artilleros al pie de sus cañones, habían conservado todo un día el campo de batalla. En fin, á la caída de la tarde, viendo llegar sobre ellos el resto del grande ejército de Bohemia, habían dejado las alturas, ganando las orillas del río, y operado la retirada en el mejor orden. Este combate admirable de ocho á nueve mil hombres contra treinta mil primero y después contra cuarenta mil, había costado al enemigo tres mil hombres y á nosotros dos mil. Si Napoleón no hubiese tenido más que soldados como éstos, el resultado de aquella grande lucha habría sido por cierto muy distinto.

En tanto que Oudinot con las tropas de España de-

fendía también las alturas de Dolancourt, el general Gerard por su parte había detenido á los bávaros delante de Bar del Aube, y les había muerto muchos hombres perdiendo él muy pocos, gracias á las barricadas con que se había cubierto. Macdonald, al oír el cañón, se había corrido del Sena al Aube, para contribuir á la defensa de los puestos atacados.

Aunque este reñido combate, en el cual había salido herido de gravedad el príncipe de Wittgenstein y Schwartzberg ligeramente, fuese muy propio para hacer al ejército de Bohemia más prudente que de costumbre, sin embargo era fácil reconocer en el número de tropas desplegadas que no era aquello más que un simulacro, y que Napoleón estaba en otra parte. Si el príncipe de Schwartzberg hubiese podido conservar alguna duda sobre este punto, la habría perdido al ver delante de sí unos ocho ó nueve mil hombres cuando más. Desde entonces sus proyectos de retirada hacia Chaumont habían debido ser abandonados, y sea que se sintiese estimulado por las censuras de los aliados, sea que tuviera ansia de cumplir la palabra que había dado al ejército de Silesia, había resuelto pasar adelante y recobrar al menos la posición de Troyes, en tanto que Blücher continuaba corriendo los azares de una marcha aislada. Así pues, el 28 se había puesto de nuevo en movimiento, y los tres generales franceses, juzgando con razón que no podían sostenerse en el Aube, y que aun la posición de Troyes podía ser flanqueada por todas partes, se habían replegado hacia el Sena entre Nogent y Montereau, dando á cada paso vigorosos combates de retaguardia.

El príncipe de Schwartzberg les había seguido, había vuelto á ocupar á Troyes, y las orillas del Sena de Nogent á Montereau, con el firme propósito de no permitir que Blücher avanzara solo hacia París.

Durante los diez á doce días empleados por Napoleón en combatir á Blücher, la situación, militarmente hablando, se había puesto muy mala, y políticamente se había empeorado mucho.

Las conferencias de Lusigny se habían abandonado totalmente, pues el príncipe de Schwartzberg no tenía ya necesidad de ellas para desembarazarse de la persecución de Napoleón, y Napoleón se obstinaba en ocultar una cuestión de fronteras bajo una cuestión de armisticio. Al entrar en Troyes el príncipe había despedido á los comisarios que por un momento habían tratado de detener la efusión de sangre con una suspensión de armas. Por lo demás, lo había hecho con disgusto, y precisado á ello por el espíritu que reinaba en la coalición. También en Chatillón estaban en vísperas de romper. Hemos dicho ya que al hacer firmar en Chaumont el tratado del 1.º de marzo, lord Castlereagh había obtenido que se fijara un término fatal para esperar el contraproyecto pedido á Mr. de Caulaincourt. La época fijada era el 10 de marzo, y se había declarado á Mr. de Caulaincourt, que pasado ese día el congreso sería disuelto, y toda negociación suspendida hasta la destrucción de unos ú otros. El príncipe Esterhazy, enviado secretamente por Mr. de Metternich á Mr. de Caulaincourt, le había renovado el consejo de tratar á toda costa, pues pasado aquel momento ya no querían negociar con Napoleón, y tratarían de quitarle no solamente el Rhin, sino el trono. Mr. de Caulaincourt había escrito estos

detalles al cuartel general, suplicando al emperador que le permitiera desistir en algunos puntos de las bases de Francfort, pues si persistía en sus resoluciones, la negociación se rompería al instante, y se pondría en tela de juicio no sólo su grandeza, sino su existencia misma.

Lo que escribía Mr. de Caulaincourt, en vista de los embozados pero sinceros consejos del príncipe Esterhazy, era rigurosamente exacto. A la impaciencia de Alejandro por entrar en París, y al odio furioso de los prusianos, se habían unido las excitaciones del partido realista. Mr. de Vitrolles, enviado, como hemos dicho ya, con una misión declarada de Mr. de Dalberg, aunque no declarada de Mr. de Talleyrand, había conseguido llegar á fuerza de rodeos al cuartel general de los aliados, donde había sido recibido gracias á las señales de reconocimiento de que era portador para Mr. de Stadion. Aunque fuese un hombre desconocido para los ministros de la coalición, éstos habían concluido por tener confianza en él al escuchar su lenguaje sincero y apasionado, al oír sobre todo la enumeración de los nombres ilustres cuya autoridad invocaba. Este era el primer mensaje formal que recibían los soberanos aliados, y producía entre ellos, además de mucha satisfacción, un aumento de valor, pues la esperanza de encontrar en el mismo París un partido que les abriría las puertas, y que una vez entrados les ayudaría á constituir un gobierno con el cual podrían tratar; esta esperanza, muy viva en un principio cuando pasaron el Rhin, y muy debilitada después en vista de las pocas manifestaciones realistas que estallaron en su derredor, se despertaba ahora y aumentaba en alto grado su resolución de pasar adelante. Hicieron muchas preguntas á Mr. de Vitrolles sobre el interior de París; se quejaron de que no sabían nada y le repitieron el tema de siempre, que no viniendo ni en pro ni en contra de una dinastía, ellos no pensarían en destituir á Napoleón del trono mientras la Francia no manifestara formalmente que así lo deseaba, y que en este caso se considerarían dichosos de contribuir á libertarla del yugo que pesaba sobre ella y sobre la Europa. A esto, Mr. de Vitrolles, apoyándose en los nombres de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Dalberg, muy considerados en el campo de los aliados, mucho más que los nombres más significativos entre los realistas, había contestado que la Francia, temblando bajo la tiranía imperial, no osaba manifestar sus verdaderos sentimientos; que sabiendo por otra parte que las cortes de Europa estaban ocupadas en negociar en Chatillón con Napoleón, estaba aún menos dispuesta á levantar contra él el estandarte de la rebelión, estandarte que no se atrevían á levantar ni los mismos soberanos aliados; pero que si se rompía con él definitivamente, los monarcas aliados verían en su derredor un movimiento unánime en favor de la casa de Borbón. Desgraciadamente era verdad que la aversión de la Francia por el despotismo y por la guerra debilitaba en su seno el horror al extranjero, y que aunque hubiese olvidado completamente á los Borbones, habría aceptado con gusto cualquier gobierno que la librara de unos sufrimientos ya insoportables para ella. Esta verdad, exagerada sin duda por el enviado de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Dalberg, había naturalmente hecho impresión sobre los ministros y soberanos reunidos en Troyes, y contestaron á Mr. de Vitrolles que estaban obligados á continuar las

conferencias de Chatillón hasta el término convenido; que si Napoleón aceptaba las fronteras de 1790, se trataría con él; que en caso contrario se rompería, y que entonces oírían todo cuanto pudiera decirse en favor de otro gobierno que el suyo, con tal que ese gobierno conviniese á la Francia y presentara probabilidades de duración. Pero los partidarios de la guerra á todo trance, aunque no tuviesen necesidad de ser excitados, al saber estas comunicaciones habían sentido aumentarse su deseo de romper en Chatillón y marchar á París. Aquí estaban los motivos de los reiterados y secretos consejos que el Austria enviaba á Mr. de Caulaincourt. Algunos momentos más y todo cambiaría de aspecto (1).

En París la situación tomaba también una fisonomía de las más alarmantes. Como hemos visto, Napoleón había remitido á la regente María Luisa el tratado propuesto por los plenipotenciarios de Chatillón, lisonjeándose con que este tratado deshonroso irritaría á cualquiera que sintiese correr sangre en sus venas. En efecto, un consejo reunido el 4 de marzo en presencia de María Luisa y de José, había recibido comunicación de todos los documentos de la negociación. Napoleón, que había alterado tanto la verdad con respecto á las negociaciones de Praga, y aun á las de Francfort, esta vez se había decidido á declararla exactamente, porque se prometía que sublevaría á todos los corazones. Pero ¡ay! no hizo más que consternarlos, enervados como lo estaban por un largo despotismo. Entre los hombres que componían este consejo se contaban algunos buenos y honrados ciudadanos, pero tenían tanto miedo de disgustar á Napoleón aconsejando una paz inmediata, como al público aconsejando la continuación de la guerra. Así habían recibido con temor la comunicación de deliberar sobre tan grave asunto. En este consejo, al que asistían, además de la emperatriz y José, los grandes dignatarios, los ministros y algunos presidentes del consejo de Estado, después de la lectura de los documentos se guardó un profundo silencio de sorpresa y de espanto. Luego José, que presidía, habiendo obligado á cada cual por una interpelación directa á romper ese silencio, los veinte miembros presentes habían balbuceado su parecer en un lenguaje confuso y con la concisión no de la energía, sino de la flaqueza. Según los preopinantes, el tratado era deshonroso; y aun algunos que habían llamado las cosas por su verdadero nombre, dijeron que era una capitulación. Era preciso esperar, añadían, que el genio de Napoleón que había operado tantos prodigios cumpliría aún el de rechazar al enemigo por última vez arrancándole condiciones más aceptables. Sin embargo, añadían, ellos no conocían la situación, sólo Napoleón la conocía, sólo él podía juzgarla y emitir un parecer fundado (lo que era mucha verdad gracias á la forma de gobierno); mas, no obstante, si la situación era tan desesperada como se decía, y como parecía serlo, á juzgar las cosas por sus apariencias, ¿no sería mejor

(1) Mr. de Vitrolles, el personaje principal empleado en estas negociaciones, ha contado en sus Memorias, aún inéditas, su misión al campo de los aliados. Yo he debido su conocimiento al favor de su depositario. Estoy cierto, pues, de la exactitud en el relato que acabo de hacer, y tanto más cuanto que he podido confrontar el testimonio de Mr. de Vitrolles con el de algunos principales personajes de aquel tiempo, y que en vista de estos testimonios comparados he compuesto esta narración. (N. del A.)

tratar bajo el pie de las antiguas fronteras, que dejar entrar al enemigo en París? No había que hacerse ilusiones; si el extranjero penetraba en la capital, no respetaría la gloriosa dinastía bajo la cual tenían la dicha de vivir; intentaría un desquiciamiento interior, y esto debía evitarse á toda costa. No cabía duda que era muy sensible la pérdida de la Bélgica, pero valía más perder la Bélgica que la Francia, y sobre todo que perder el trono. Por otra parte, la Francia tal como había sido en tiempo de Luis XIV, teniendo á la cabeza á su emperador, sería siempre grande, pues su grandeza no dependía de una ó dos provincias. Napoleón había desplegado ya bastante el genio de la guerra, y era de desear también que desplegara el genio de la paz, y que pudiese procurar al país tanta felicidad como gloria le había procurado. Entonces, repuesta en breve de su aniquilamiento, la Francia encontraría ocasión de recobrar lo que hoy le quitaba la violencia extranjera. Pero en todo caso, repetían aquellos hombres esclavizados que deseaban ardientemente la paz sin atreverse á decirlo, en todo caso, si Napoleón que poseía solo el secreto de los negocios, que solo podía pronunciarse con conocimiento de causa, se inclinaba á aceptar las antiguas fronteras antes que correr nuevos peligros, el consejo opinaba que el honor del emperador lo permitía, pues su verdadero honor era el interés de la Francia, era la paz inmediata.

Ciertamente el interés de la Francia era la paz, pero tenía este interés un año, dos, seis años antes, y entonces habría sido preciso decirlo. Hoy, continuando la guerra, no había peligro más que para la dinastía, pues seguramente bajo los Borbones no harían á la Francia más pequeña ni la dejarían con menos influencia de lo que querían los plenipotenciarios de Chatillón; y aun es seguro que en el cuidado que ponían en debilitarla entraba por mucho el miedo que tenían á Napoleón, y que con los Borbones no se empeñarían en reducir tanto su importancia natural y secular. En tal estado de cosas, no había mucho peligro en dar aún algunas batallas que quizás conducirían á una transacción entre las antiguas y las nuevas fronteras, para quedarse con Maguncia sacrificando Amberes. Un solo hombre que se debe nombrar, Mr. de Cessac, votó por que no se aprobaran las proposiciones de Chatillón. Por lo demás, aun en aquel momento supremo, los miembros del consejo de regencia prestaron un concurso de sumisión inaudito. Los más atrevidos emitían las mismas bajezas con un tono algo más arrogante. «La paz, ó la guerra, como quisiera el emperador.» Tal era su único parecer, dejando ver, sin embargo, que si el emperador prefería la paz, eso era lo que ellos deseaban (1).

Napoleón había manifestado siempre un profundo desdén hacia esas reuniones numerosas donde se debía tratar de guerra ó de política, porque, en efecto, había encontrado en ellas á los hombres tales como los hace el despotismo; la mayor parte sin opinión, algunos capaces de formarse una, y entre estos últimos, los unos indagando la opinión de su soberano para conformar á ella la suya, y los otros contradiciéndole por maldad de carácter ó por descontento. Este consejo, si Napoleón hubiese asistido á él, habría justificado lo que pensaba

(1) Existe el acta de este consejo con el parecer de cada uno, y si alguna vez se publica se verá que nada exageramos. (N. del A.)

y revelado las consecuencias del régimen bajo el cual había hecho sucumbir á la Francia y bajo el cual él iba á sucumbir. A mayor abundamiento, se habría quedado muy desengañado, pues había querido provocar una explosión de indignación patriótica, y le enviaban por el contrario una humilde y temblorosa súplica de paz escrita entre dos miedos: miedo á Napoleón y miedo al enemigo.

Pero la humildad que habían demostrado delante de su esposa, de su hermano y su fiel archicanciller Cambaceres, la arrojaban lejos de sí cuando no estaban en presencia de estos temibles testigos, y en todas las demás partes era bien diferente su lenguaje. De la sumisión pasaban de súbito á una cólera profunda contra la obstinación de Napoleón. «Ese hombre está loco,» exclamaban. «Hará que nos maten á todos,» decían los que nunca habían estado en un campo de batalla. Entre los hombres particularmente adictos á José, y en general éstos eran los empleados militares ó civiles que habían ido á buscar en Madrid el favor que no encontraban en París, se empezaba á insinuar la idea de que era preciso confiar á José el cuidado de salvar la Francia. Estos amigos de José muy maltratados por Napoleón, que los acusaba de ser la causa de nuestras desgracias en España, le pagaban con malos dichos sus malos tratamientos, y decían que era preciso nombrar una regencia y poner de presidente á José, con quien la Europa trataría mejor que con Napoleón. Pretendían que ese sería un modo ingenioso de poner á salvo el orgullo de los soberanos aliados como el del mismo Napoleón, y de sacar á la Francia de las manos de un genio que no servía más que para la guerra, para ponerla en las de otro genio esencialmente propio para la paz. Querían sencillamente hacer abdicar á Napoleón en favor de José. Sin embargo, los que se atrevían á usar este lenguaje eran los más temerarios y los más descontentos. Aquellos que se limitaban á querer poner un próximo fin á la guerra sin pensar en tocar al trono, se contentaban con decir que en contestación á la especie de consulta provocada por Napoleón, era preciso mandar un mensaje en el cual se le pediría la paz de una manera categórica.

Las cosas adelantaron hasta el punto que José, entrando en el pensamiento de aquellos que querían facilitar la paz á su hermano por medio de una manifestación pacífica, imaginó consultar á Mr. de Meneval, cuya fidelidad era inalterable, y le encargó escribiera al cuartel general, para saber si un paso dado en favor de la paz convendría á Napoleón, y en qué forma desearía que se diera este paso. Mr. de Meneval declaró que ante todo informaría á Napoleón de lo que pasaba, y que después escucharía lo que tuviera permiso para oír. En su consecuencia, escribió á Napoleón inmediatamente con la delicada reserva que sabía unir á una perfecta franqueza.

Napoleón al llegar á Reims encontró la carta de Mr. de Meneval, y otras varias que daban la idea de este estado de cosas. Gracias á su prodigiosa sagacidad, que la desconfianza aguzaba sin turbarla, lo adivinó todo, y quizás en el primer momento se exageró un poco lo que había adivinado. Le descontentó sobre todo que el duque de Rovigo, no queriendo comprometer á nadie, y sin dar la mayor importancia á los dichos que circula-